

## SERMÓN TERCERO

(predicado en la iglesia de la Candelaria, de Bogotá, 1884).

## La Eucaristía, Sol del mundo sobrenatural.

In sole posuit (Deus) tabernaculum suum.  
Puso Dios en el sol su tabernáculo.

Ps. 18, 6.

1. ¿Qué cosa más grande, hermanos míos, ni más bella y magnífica puede ofrecerse á nuestros ojos, en toda la universidad de las criaturas inanimadas, que el rey de los planetas, el sol? Cántanle los poetas, admírale el sabio, estúdiale el naturalista, la naturaleza toda parece saludar su aparición, ya con los alegres gorgoros de las aves, ya con el murmullo universal que acompaña el despertar de los vivientes al despuntar los primeros nacarados rayos del astro que preside al día. ¡Oh sol! ¡yo te saludo! ha dicho más de un poeta alborozado, entre tanto que el doliente, agobiado por las tinieblas de una noche eterna, exclama, vuelto al oriente: ¡Oh sol! ¡yo te bendigo! El Eclesiástico lo llama *Vaso admirable, obra maestra del Excelso*<sup>1</sup>. Por él se eleva nuestro espíritu al Criador, no sólo porque su claridad, magnificencia y belleza nos retratan al vivo las divinas perfecciones más que ningún otro cuerpo, sino porque en él, como dice el Real Profeta, vemos sentado, como en un trono y tabernáculo riquísimo, al mismo Dios de gloria y majestad. *In sole posuit tabernaculum suum*<sup>2</sup>. Si el firmamento es su palacio, y la nube inflamada su carroza, y sus caballos los vientos<sup>3</sup>, el sol tiene el honor de ser el tabernáculo desde el cual parece dar órdenes al universo.

<sup>1</sup> Eccli. 43, 2.<sup>2</sup> Ps. 18, 6.<sup>3</sup> Ps. 103, 3.

2. Pero si, dejando la contemplación del mundo físico, alzamos las miradas del espíritu al cenit del orden sobrenatural, si contemplamos el cielo de la Iglesia, más poblado y más brillante que la bóveda celeste, ¿qué objeto más hermoso y más magnífico hallaremos que *el Sol Eucarístico*, el divino Jesús sacramentado? ¡Ah! sí, cristianos: lo que es el sol en la mitad del cielo, eso es la sagrada Eucaristía en medio del cristianismo. ¿Quién no descubre al primer golpe de vista las mil analogías de uno y otro sol, que son otras tantas armonías inefables de las obras de la Omnipotencia? Si la claridad del primero, aunque tan brillante, tiene algo de oscuro y misterioso, que ciega nuestros ojos cuando intentamos fijarlos en su disco, también el segundo, por un efecto semejante, no permite al ojo atrevido de la humana inteligencia mirarlo de hito en hito. Si el sol material es el centro de todo el mundo planetario, también el eucarístico es el punto en que confluyen todos los elementos de la sociedad cristiana; y, para abreviar, si aquel es manantial fecundo de vida física, por cuyo influjo alientan los innumerables seres vivientes, la divina Eucaristía es la fuente principal de vida espiritual para las almas. He ahí tres ideas que formarán otros tantos puntos de este discurso, encaminado á mostrar el Sacramento de la Eucaristía como sol del mundo sobrenatural, conforme á lo que el mismo Jesucristo ha dicho de sí: *Yo soy la luz del mundo*<sup>1</sup>. El tema anunciado nos suministrará, en su desarrollo, importantes y sólidas verdades. Para comprenderlas imploremos, etc. *Ave María*.

<sup>1</sup> Io. 8, 12, et alibi.

## I.

3. ¡Misteriosa claridad la que baña al Sol Eucarístico! No puede negarse que allí abundan y aun se espesan las sombras del misterio; mas ¿cómo desconocer, por otra parte, los raudales de luz que arroja en todas direcciones? ¿No es verdad que allí se cumple lo que ha prometido el profeta: *Acercaos á Él y seréis iluminados, y vuestros rostros no quedarán en la oscuridad*<sup>1</sup>, antes irradiarán resplandores de gloria y de felicidad? ¿En dónde hallan más luz para conocer las cosas divinas que en la adoración eucarística las almas contemplativas? En efecto, hermanos míos, en el Sacramento augusto de nuestros altares se verifica lo mismo que acontece y debe acontecer en todo lo que tiene carácter de misterio cristiano, sobrenatural; la luz brota allí de en medio de las tinieblas. No es el misterio una oscuridad completa, porque en tal caso nada diría al entendimiento; sería una palabrería vana, un logogrifo indigno del hombre, y mucho más de Dios revelador de los misterios. Mas tampoco puede decirse que el misterio sea todo luz, porque entonces nada tendría de incomprendible, ni excedería en nada los límites de la humana inteligencia; sería una verdad de orden natural, no sería ya misterio. ¿No sucede una cosa semejante en el sol material, mar de luz, y rodeado, no obstante, de oscuridad para el débil ojo humano? Por él, iluminados todos los objetos que reciben sus rayos, vemos todo cuanto se ofrece á nuestros ojos; y, sin embargo, apenas alzamos éstos al foco de luz, nos vemos obligados á bajarlos heridos y ciegos, como en castigo de nuestra presunción. ¿Por qué el astro magnífico que nos

<sup>1</sup> Ps. 33, 6.

hace ver todo á favor de la luz que proyecta á todas partes, no se deja ver directamente por nosotros en su esplendente magnificencia? ¿Por qué nos torna ciegos al instante que osamos fijar en él nuestra pupila? He ahí una suerte de misterioso fenómeno con el cual estamos perfectamente familiarizados; he ahí una paradoja formulada por la ciencia en estos términos, que no expresan sino aparente contradicción: «Luz añadida á luz produce oscuridad.» Y ¿es por esto menos cierta la presencia del sol en la mitad del día? ó esto ¿arguye defecto de grandeza ó hermosura en el astro? Nada de eso, hermanos míos, sino que él es demasiado grande y poderoso para la pequeñez y flaqueza de nuestros órganos, y que debemos admirarlo, y aprovecharnos de la claridad que nos envía, sin pretender el imposible de apacentar nuestros ojos en el raudal mismo de la luz.

4. Pues, aplicad esta conclusión, por rigurosa analogía, al sol de nuestras almas, al Dios sacramentado. Ahí está real y verdaderamente en medio del cielo de su Iglesia, en el cenit del firmamento sobrenatural, iluminando todos los objetos de ese mismo orden divino, que por la Eucaristía se nos hacen visibles, entendiendo su razón de ser, hasta donde esta inteligencia es posible, aunque no podamos comprenderle á Él mismo, ni nos sea lícito fijar en su majestad las miradas escrutadoras de nuestra mísera cuanto orgullosa razón, so pena de ser oprimidos por el peso de su misma gloria<sup>1</sup>. ¿Qué extraño es que así suceda? ¿No ha dicho la Escritura que *habita Dios en un trono de luz inaccesible*<sup>2</sup>? ¿No dice el profeta que *puso el Señor su escondrijo en las tinieblas*<sup>3</sup>? ¿No debemos decir, con San Agustín: «Con

<sup>1</sup> Prov. 25, 27.

<sup>2</sup> 1 Tim. 6, 16.

<sup>3</sup> Ps. 17, 12.

cedamos á Dios el poder de hacer alguna cosa que nosotros de buen grado confesemos que no nos es posible investigar?» Pero también observa el grande Apóstol que es propio de la omnipotencia y sabiduría de Dios *hacer brillar la luz del fondo mismo de las tinieblas*<sup>1</sup>. Porque, en efecto, de la misma oscuridad de nuestra fe en el augusto misterio, se despierta nuestra mente á conocer y admirar las grandezas del poder divino mejor aún que por los más brillantes rayos esparcidos sobre la creación visible. ¡Cómo vemos y admiramos en este altísimo misterio las maravillosas invenciones del amor de un Dios que de tal modo hubo de separarse del mundo, que juntamente se quedase para siempre con sus hijos!<sup>2</sup> ¡Cómo nos revela ese cúmulo de milagros que allí se obran, no sólo cada día sino incesantemente, la magnitud del poder de un Dios, para quien lo mismo es restituir la vida á un muerto que dársela al que empieza á vivir, dejar correr ó suspender las leyes que Él mismo ha trazado á los agentes secundarios de la naturaleza? ¡Oh! y ¡cómo nos da este misterioso Sacramento la medida del poder de Aquel que supo transformar el agua en vino<sup>3</sup>, y multiplicar el pan entre sus manos<sup>4</sup>! ¡Cómo obró Jesucristo estas portentosas conversiones? Ninguno de los hombres es capaz de descifrarlo; nos basta, sin embargo, saber de cierto que tales obras fueron hechas por Él para reconocer el poder de Dios en su persona. ¿Cómo se verifica en el altar, á la voz del sacerdote, la maravillosa transubstanciación? Tampoco es dado á ningún mortal averiguarlo

<sup>1</sup> Qui dixit de tenebris lucem splendescere (2 Cor. 4, 6).

<sup>2</sup> Is. 12, 4. Matth. 28, 20.      <sup>3</sup> Io. 11, 3 sqq.

<sup>4</sup> Matth. 14, 19.

ni explicarlo. ¿Qué importa, sabiendo que la voz de Cristo es obedecida por todas las criaturas, y que, por tanto, la conversión eucarística es un hecho?

5. No es mi intento en este discurso presentar á mis oyentes las pruebas irrecusables de la apologética cristiana en favor de la realidad del hecho misterioso señalado en la Eucaristía por la afirmación católica. Me bastaría decir á los hombres de buena fe y de sentido común que admiten la divinidad de la persona del Salvador: Oíd cómo habla, escuchad las palabras de la institución, y responded qué significan en su sentido obvio y natural esas palabras. Si Jesucristo hubiera querido, en efecto, decirnos que nos daba por manjar su propia carne y su sangre por bebida, ¿habría podido expresarse de otra manera, ó en términos más claros y precisos que éstos: *Tomad y comed; porque esto que os doy es mi cuerpo: Tomad y bebed; porque esto que os brindo es mi sangre*<sup>1</sup>? He ahí, pues, cómo no todo es oscuridad y tinieblas en la sacrosanta Eucaristía: bastante claridad arroja el relato evangélico sobre el hecho que creemos y adoramos; si alguna oscuridad queda — y quedará siempre durante esta vida de prueba — no es acerca de la naturaleza del mismo. Sabemos que Cristo está allí: cómo está, no lo sabemos, ni es preciso tampoco que nos empeñemos en averiguarlo. «Lo único que en estos casos pertenece á nuestra inteligencia, dice un sabio orador sagrado<sup>2</sup>, es hacer constar los hechos, asegurarse, por medio del examen, de la verdad de los fenómenos; mas no pertenece á nuestra inteligencia penetrar la naturaleza de los mismos fenómenos.» Oscuridad sagrada,

<sup>1</sup> 1 Cor. 11, 24. Matth. 26, 26 sqq.

<sup>2</sup> Mons. *Cœur*, Disc. sobre el SS. Sacramento.

digna del Ser incomprendible, de cuyo seno parten rayos brillantísimos que nos dan á conocer la presencia del Señor en el altar bajo humildes apariencias: he ahí, hermanos míos, lo que nos hace reconocer en primer lugar en la sagrada Eucaristía el sol del mundo sobrenatural. Pasemos á la segunda analogía, la fuerza de atracción.

## II.

6. Magnífico sobre toda ponderación es el llamado sistema planetario, ya sea que se le considere en su conjunto, ya en sus leyes. ¡Qué multitud y belleza de los astros que lo forman! ¡Qué admirable regularidad y concierto en todos sus movimientos! Mas ¿á qué es debida esa armonía que reina en el mundo planetario, por la cual un cuerpo celeste, rapidísimo en su carrera, no equivoca su órbita ni va á chocar con otro? ¿Á quién se debe la regularidad y el orden de los cielos si no al astrorey que los gobierna? ¡El sol! he ahí el centro de atracción que los contiene á todos por una cierta ley del mundo de los cuerpos, semejante á la ley del amor en el mundo de las almas. Sin el sol, ¿adónde llevaría á cada planeta su propia fuerza de impulsión? Y el cielo se convertiría al instante en un horrendo caos, ó en un campo de batalla, donde las más bellas criaturas se harían pedazos ciegamente. Mirad ya lo que sucede en el mundo de la Iglesia. En ella ha criado Dios nuestro Señor para el bien del hombre tantas instituciones admirables, á modo de planetas sobrenaturales, como son el Apostolado, el Sacerdocio, el Sumo Pontificado, el Magisterio infalible, la Oración, el Santo Sacrificio, los Sacramentos todos, las Órdenes religiosas, los Institutos de caridad, y tantas otras, cada una de las cuales tiene

al rededor innumerables satélites de obras secundarias auxiliares. ¿Qué fuera de todas estas instituciones, si no las contuviera en su desarrollo el centro de la Eucaristía? Porque, en efecto, por la Eucaristía existen y se sustentan todas, si atentamente lo consideramos.

7. Reduzcámoslas á tres, como cabezas que son de todas las demás: *el Sacerdocio, la Autoridad, los Sacramentos*. Estos son los elementos de la vida de la Iglesia, y todos ellos convergen hacia el sacramento eucarístico. Del *Sacerdocio* católico no sería necesario demostrarlo largamente, siendo cosa tan clara por sí misma; digamos, no obstante, algo para fijar mejor nuestras ideas. ¿Cuáles son las funciones del sacerdocio? Abrid los sagrados libros del Antiguo y Nuevo Testamento, y ellos os dirán con San Pablo<sup>1</sup>: *El sacerdote ha sido entre-sacado de la multitud, por divina designación, para ofrecer á Dios dones y sacrificios*. Melquisedech, rey de Salem, ofrecía pan y vino, porque era sacerdote del Altísimo Dios<sup>2</sup>. El santo patriarca Job, que también estaba revestido de la dignidad sacerdotal, ofrecía sacrificios por sus hijos y amigos<sup>3</sup>. Aarón, en la Ley Antigua, fué puesto con sus hijos para servir al Tabernáculo en todo lo concerniente al culto divino, cuyo ministerio principal no era otro que el de ofrecer á Dios variedad de sacrificios<sup>4</sup>. Jesucristo, Sacerdote nuevo y eterno, como dice el Apóstol, ofreció primero en la noche de la Cena el sacrificio de Melquisedech, inmolando místicamente su cuerpo vivo y su preciosa sangre, bajo la cubierta de accidentes de pan y vino; y luego, en el *Sancta Sanctorum* de la cruz, entró una vez para siempre

<sup>1</sup> Hebr. 8, 3 sqq.<sup>2</sup> Gen. 14, 18. 19.<sup>3</sup> Job 1, 1. 5.<sup>4</sup> Num. 18 per totum.

á consumir la oblación cruenta de sí mismo, prefigurada en las víctimas legales<sup>1</sup>. El Sacerdocio cristiano no es más que la participación excelentísima del sumo y supremo sacerdocio de Cristo, con tan perfecta semejanza que la hostia que los sacerdotes ofrecen cada día, es la misma que Él ofreció en la noche de su Pasión, según el mandamiento que les impuso diciendo: *Esto mismo habéis de hacer en memoria de mí*<sup>2</sup>; y el principal sacerdote y sacrificador es el mismo Jesucristo que se ofrece por mano de los sacerdotes, sus ministros. He aquí, pues, amados fieles, cómo todo el Sacerdocio cristiano se refiere, como á su centro, al incruento sacrificio que es una misma cosa con la sagrada Eucaristía. Sacramento y sacrificio eucarísticos se verifican en un mismo altar, y son administrados por unas mismas manos consagradas al culto del Señor. Tal es la gloria incomparable de nuestro Sacerdocio. Desaparezca, como acontece en el falso templo protestante, la presencia real de Jesucristo: desaparecerá con ella el sacrificio, y no quedará del Sacerdocio cristiano sino una vana y miserable sombra. La predicación y los demás ministerios son funciones secundarias del Sacerdocio, cuyo primordial objeto es la ofrenda del divino sacrificio.

8. De donde resulta que todo nuestro culto, interno y externo, tiene por blanco principal la adorable Eucaristía. Pues ¿á qué buscar á nuestro Dios en otra parte, teniéndole tan cerca? ¿adónde iremos á visitarle, adorarle y verter nuestras plegarias sino á nuestros augustos santuarios? ¡Ah! ¡qué felicidad la nuestra, y qué gloria la del pueblo cristiano, de tener al mismo Dios

<sup>1</sup> Hebr. 9, 12.

<sup>2</sup> I Cor. 11, 24.

por morador de sus casas y ciudades!<sup>1</sup> De ahí nace, por consiguiente, tanta piedad en las almas y tanta magnificencia y esplendor en la sagrada liturgia. «¡Qué comparación entre los demás cultos y el culto católico! ¡Qué fríos y verdaderamente helados son los templos protestantes! Generalmente permanecen cerrados, de lo cual se resienten las mismas personas piadosas de aquellas sectas, y con razón. Pero, todo bien visto, ¿para qué abrirlos? Dios no está allí, las almas que ruegan y que lloran, no lo encontrarían... Al contrario, mirad la capilla católica: ella está abierta á todas horas, porque el hombre encuentra siempre allí á su Dios.»<sup>2</sup> Por eso tanta diferencia en el ornato de uno y otro templo: en el nuestro, como en donde mora el Dios de cielos y tierra, el amado de nuestro corazón, nuestro buen Jesús en cuerpo y alma, todo es poco para adornarlo dignamente, cual nuestra fe lo exige y lo anhela el corazón agradecido: la seda, el oro y pedrería, la profusión inagotable de flores exquisitas, los perfumes, un mar de luz y de armonía...: todo cuanto puede proporcionar el lujo y la riqueza combinados con la piedad y el arte, todo concurre á la ornamentación de nuestros templos y altares, haciendo de ellos en nuestros grandes días verdaderos trasuntos del paraíso. En cuanto á la capilla protestante, centro de reunión más bien profana que religiosa, salón de academia más bien que templo de oración, todo ornato es superfluo, porque allí no se trata de elevar la mente al cielo ni de abrasar el corazón. Todo es frío y desnudez en lo de

<sup>1</sup> Neque enim est alia natio tam grandis, quæ habeat Deos appropinquantes sibi, sicut Dominus Deus noster (Deut. 4, 7).

<sup>2</sup> Mons. *Cœur* l. c.